

batia, se abandonó contra ellos á su mal humor, y los molestó como sucede frecuentemente á los privados de los príncipes; que siendo los hombres de quien tienen mayor seguridad, son tambien á los que mas mortifican, cuyo inconveniente del favor compensa bien las ventajas.

Quando hubo desahogado su enfado por un torrente de palabras, los llamó; mas descontentos por esta vez se mantubieron apartados. El emperador reparó con caricias su vivacidad, llamando á Bertier su muger, y á sus enfados, disputas domésticas.

Murat y Ney se separaron de él con el corazon lleno de siniestros presentimientos sobre esta guerra que ellos mismos iban á llevar con encarnizamiento; pues en estos hombres todo era accion, inspiracion y primer movimiento, nada era seguido, todo inesperado; hombres impetuosos que cambian de propósito, de proyecto y de disposiciones á cada paso segun el terreno cambia de aspecto.

CAPITULO VI.

En aquella época llegaron Rapp y Lauriston; este último venia de Petersburgo: nada preguntó Napoleon á este oficial que llegaba de la capital de su enemigo. Conociendo sin duda la franqueza de su antiguo edecan y su opinion sobre esta guerra, temió que le comunicase noticias poco satisfactorias.

Pero Rapp, que acababa de seguir nuestras pisadas, no pudo callarse: « Desde el Niemen el ejército solo habia andado cien leguas, y ya todo habia cambiado de aspecto. Los oficiales que llegaban en posta del interior de la Francia, estaban espantados, no pudiendo concebir que una marcha victoriosa, y sin combates, dejase tras sí mas despojos que una derrota.

« Habian encontrado todo lo que iba marchando para juntarse á la masa, y todo lo que se habia separado de ella; en fin todo cuanto no se veia excitado por la presencia de los gefes, por el egemplo ó por la guerra. El aire de cada destacamento, segun la distancia á que se encontraba de su pais natal, inspiraba esperanza, inquietud ó piedad.

« En Alemania, hasta el Oder, donde mil obgetos recordaban siempre la Francia, aquellos soldados noveles todavía, no se creian separados de ella, y por lo mismo presentaban un semblante ardiente y jovial; pero, pasado el Oder, en Polonia, en donde el suelo, sus producciones, los habitantes, la vestimenta, las costumbres, y por decirlo en una palabra, todo, hasta las habitaciones, presentan un aspecto extraño; en donde nada se parece á una patria que echan menos; allí empezaban á apercibirse del camino que habian andado, y ya se notaba en sus semblantes una señal de cansancio, que les entristecia.

« ¡Por qué singular distancia debian pues estar separados de la Francia, pues que ya habian llegado á unos paiseses desconocidos, en donde todo para ellos les presentaba una novedad tan poco lisonjera! ¡ Cuantos pasos habian dado, y cuantos debian dar todavía! ¡Hasta la idea del regreso desanimaba; y con todo preciso era andar, y siempre andar! Quejábase de que desde que se habian separado de la Francia, las penas siempre iban en aumento, al paso que los medios de suavizarlas disminuian.»

En efecto, primeramente les faltó el vino, luego despues la cerbeza y aun el aguardiente; y al cabo se vieron reducidos á solo agua que á su turno tambien faltó. Otro tanto sucedió respecto á los alimentos, y lo mismo con las demas cosas necesarias á la vida; y en esta privacion gradual, el desaliento del alma seguia la debilitacion progresiva del cuerpo. Perturbados con una inquietud vaga, iban atravesando la melancólica uniformi-

dad de aquellas vastas y silenciosas selvas de sombríos pinales. Se iban arrastrando junto á aquellos elevados árboles desnudos y desojados hasta sus cimas, y en medio de aquella inmensidad, su misma debilidad les atemorizaba. Entonces se formaban ideas siniestras y extraordinarias sobre la geografía de aquellos países desconocidos; y estremeciéndose por un horror oculto, dudaban si debían penetrar mas adelante en tan vastas soledades.

De estas penas físicas y morales, de estas privaciones, de bivaquear todas las noches al raso, tan perjudicial cerca del polo como debajo del ecuador, y de la infeccion de los cuerpos pútridos de hombres y caballos que cubrían los caminos, habian nacido dos terribles epidemias, la disenteria y una fiebre maligna. Los Alemanes sucumbieron los primeros, pues son menos nerviosos y menos sobrios que los Franceses, y se interesaban menos en una causa que les parecia extran-

gera. De veinte y dos mil Bávaros que habian pasado el Oder, once mil solamente habian llegado al Düna, y sin embargo todavía no se habian batido. Esta marcha militar costaba á los Franceses un cuarto, y á los aliados una mitad de su ejército.

Cada mañana partian de sus bivaques los regimientos ordenados, pero sus filas abiertas se alargaban en hileras flojas é interrumpidas, pues los mas débiles no pudiendo seguir, se dejaban pasar: estos desgraciados veian á sus compañeros y á sus águilas alejarse mas y mas, se esforzaban todavía por alcanzarlos, mas al fin los perdian de vista, y entonces caian desalentados. Los caminos, las orillas de los bosques, estaban sembradas de ellos; viéronse algunos que arrancaban las espigas de centeno para devorar los granos; despues intentaban, muchas veces en vano, llegar al hospital ó aldea mas cercana; muchos perecieron.

No solo fueron los enfermos los que

se separaron del ejército; un grande número de soldados disgustados y exasperados de una parte, y de otra llevados por un espíritu de independencía y de pillage, renunciaron voluntariamente á sus banderas, y estos no fueron los menos determinados; bien pronto creció su número, engendrándose el mal por el mal ejemplo. Se formaron en bandas y se establecieron en los castillos y en los pueblos inmediatos al camino militar, donde vivían en la abundancia; entre ellos menos Franceses que Alemanes, pero se observó que el jefe de cada uno de estos cuerpos independientes, compuestos de hombres de varias naciones, era siempre un Francés.

Rapp había visto todos estos desórdenes, y su franqueza impetuosa no calló estos pormenores al emperador; mas éste se contentó con responderle: «Yo daré un gran golpe y todo el mundo se reunirá.»

Explicóse mas con Sebastiani: este

apoyándose en las mismas palabras de Napoleon, le recordaba, «que en Vilna había declarado que no pasaría el Dūna, y que queriendo ir mas lejos en este año, sería correr infaliblemente á su pérdida.»

Sebastiani insistió como los demas en el estado del ejército. «Sí, es muy deplorable, respondió el emperador, ya lo sé; desde Vilna arrastró la mitad, y hoy ya son los dos tercios, no hay pues que perder tiempo, es necesario arrancar la paz que se halla en Moscou. Además este ejército no puede ya detenerse, en su posición y en su desorganización, solo el movimiento lo sostiene: á su cabeza puede avanzarse, pero no detenerse ni retroceder; este es un ejército de ataque y no de defensa; un ejército de operación y no de posición.»

De este modo hablaba á los de su interior, aunque usaba otro lenguaje con los generales y comandantes de división. Con los primeros descubría los motivos que le impelían adelante; con los otros

los ocultaba cuidadosamente, y parecía conformarse con ellos en la necesidad de detenerse ; esto explica la contradicción que se ha encontrado en sus palabras.

En efecto, el mismo día, en las calles de Smolensko, en medio de Davoust y de los generales, cuyos cuerpos habian padecido en el asalto del día anterior, dijo, « que les debía un suceso muy importante en la toma de Smolensko, y que consideraba esta ciudad como una buena cabeza de acantonamiento. »

« Hé aquí, continuó, mi línea bien cubierta, detengámonos aquí; tras de este baluarte puedo reunir mis tropas, hacerlas descansar, recibir refuerzos, y nuestras provisiones de Dantzick. Hé aquí toda la Polonia conquistada y defendida; esto es suficiente resultado, es haber cogido en dos meses el fruto que no debía esperarse antes de dos años. Ya es pues bastante; de aquí á la primavera se organizará la Lituania y formará un ejército invencible: entonces, si la paz no

ha venido á buscarnos en nuestros cuarteles de invierno, iremos á conquistarla á Moscou. »

Después confió al mariscal, que, si le mandaba pasar de Smolensko, era solamente para alejar de ella á los Rusos de algunas jornadas, pero que le prohibia formalmente de empeñar una acción seria. Verdad es, que al mismo tiempo confió la vanguardia á Murat y á Ney, los dos mas temerarios, y que sin noticia de Davoust, acababa de poner este mariscal prudente y metódico, bajo las órdenes del impetuoso rey de Nápoles. Así parecia su espíritu fluctuar entre dos grandes decisiones, y las contradicciones de sus palabras estan en sus acciones. Sin embargo, en este conflicto interior se notaba el ascendiente que su genio emprendedor tenia sobre su prudencia, y como sabia disponerlo todo para hacer nacer circunstancias que debian arrastrarle necesariamente.

CAPITULO VII.

Sin embargo, todavía los Rusos defendían el arrabal de la orilla derecha del Dnieper : nosotros ocupamos todo el día 18 y la noche del 19, en construir de nuevo los puentes, y el 19 antes del amanecer pasó Ney el rio con la claridad del arrabal que estaba ardiendo. Desde luego no vió en él mas enemigos que las llamas, y comenzó á trepar por el dilatado y rápido declive sobre el cual está edificado : sus tropas caminaban lentamente, con precaucion, y haciendo mil sesgos para evitar el incendio, pues los Rusos lo habian dirigido tan diestramente, que se presentaba por todas partes y obstruía los principales caminos.

Ney y sus primeros soldados avanzaron

silenciosamente entre aquel laberinto de fuego, con la vista inquieta y el oído atento, ignorando si en la cumbre de aquella cuesta rápida, acaso les estarian esperado los Rusos para arrojarse repentinamente sobre ellos y precipitarles en las llamas y el rio : pero respiraron aliviados de un enorme peso, cuando al llegar á la cumbre de la quebrada, solo vieron en la division de los caminos de Petersburgo y Moscou, una partida de Cosacos que inmediatamente desfilaron por ambos caminos ; como no habia prisioneros, habitantes ni espías, bien así como en Vitepsk, solo pudieron consultar el terreno ; pero el enemigo habia dejado tantos vestigios de su direccion en uno como en otro camino, de suerte que no sabiendo el mariscal cual de ellos deberia tomar, hizo alto hasta mediodia.

Durante este tiempo se pasó el Boristenes por varios puntos ; se reconocieron los caminos de ambas capitales hasta una legua de distancia, y en el de Moscou se

encontró la infantería rusa. Ney muy luego la alcanzó , pero como este camino lindaba con el Dnieper, tenia que atravesar todos los otros rios que desaguan en él; y como cada uno de estos se habia formado un cance profundo , cuya margen opuesta era una posicion, el enemigo se fortificaba en ella y era preciso ganarla á viva fuerza : el primero que fué el Stubna, le detuvo muy poco ; pero el cerro de Valoutina, cuyo piebaña el rio Kolowdnia, dió motivo á un choque muy terrible.

Se atribuyó la causa de esta resistencia á una antigua tradicion de gloria nacional, que hacia de este campo de batalla un terreno consagrado por la victoria; mas esta supersticion, digna todavia del soldado ruso, está ya lejos del patriotismo de sus generales, y sola la necesidad fué quien les obligó á este combate. Se ha visto que el camino de Moscou saliendo de Smolensko costeaba el Dnieper , y que la artillería francesa situada en la otra orilla, lo pasaba con sus fuegos; Barclay

no se atrevió á servirse de la noche para aventurar en este camino su artillería y bagages, cuyo estrépito hubiera denunciado la retirada.

El camino de Petersburgo dejaba al rio mas precipitadamente: dos caminos pantanosos se separaban de él á la derecha; el uno á dos leguas de Smolensko, y el otro á cuatro; y despues de un largo rodeo atravesando selvas, venian á reunirse al camino grande de Moscou; el uno en Bredichino, á dos leguas mas allá de Valoutina, y el otro mas lejos en Slobpnewa.

No temió Barclay el empeñarse en estos desfiladeros con tantos caballos y carruages; esta larga y pesada columna tenia que describir dos grandes semicírculos, cuya cuerda era el camino grande de Smolensko á Moscou, que Ney atacó inmediatamente. A cada instante, segun sucede siempre, un carro volcado, una rueda encallada, un solo caballo atascado ó un tiro roto, era bastante para detenerlo todo. Entretanto el ruido del

cañon francés se acercaba, ya parecia adelantarse á la columna rusa y estar cerca de alcanzar y cerrar la salida que deseaban.

En fin, despues de una penosa marcha, la cabeza del convoy enemigo vió el camino grande en el instante que los Franceses, para ganar esta embocadura, solo les faltaba forzar la altura de Valoutina y el paso de la Kolowdnia. Ney acababa de arrebatár violentamente el del Stubna; pero Korsf, rechazado sobre Valoutina, habia llamado en su socorro la columna que le precedia. Se asegura que esta, sin orden y mal mandada, titubeó, pero que Woronzof, conociendo la importancia de esta posicion, decidió á su gefe á retroceder.

Los Rusos se defendieron para salvarlo todo, cañones, heridos y bagages; los Franceses atacaron para tomarlo todo. Napoleon se habia detenido á legua y media de Ney, y no contando sino con alguna accion de vanguardia, envió á Gu-

din en socorro del mariscal, replegó las otras divisiones y se entró en Smolensko. Pero este combate se hizo luego una batalla; treinta mil hombres se empeñaron sucesivamente de una y otra parte: mezcláronse soldados, oficiales y generales; la refriega fué larga, y el encarnizamiento terrible, que ni la noche pudo contener. En fin, viéndose Ney dueño de la altura, agotadas sus fuerzas, y rodeado de muertos, moribundos, sangre y tinieblas, se fatigó; hizo cesar el fuego, guardar silencio y presentar las bayonetas. Los Rusos no oyendo ya nada, se callaron tambien y aprovecharon la obscuridad para hacer su retirada.

Casi hubo tanta gloria en su derrota como en nuestra victoria; los dos gefes consiguieron, el uno vencer, y el otro no ser vencido sino despues de haber salvado la artillería, los bagages y los heridos. Uno de los generales rusos habiéndose quedado solo en este campo sangriento, intentó escapar del medio

de nuestros soldados, repitiendo las voces del mando francés : la claridad de los tiros le hizo reconocer, y fué preso : otros generales rusos habian pérecido, pero nuestro egército habia sufrido otra pérdida mas considerable.

Al pasar el mal restablecido puente del Kolowdnia, el general Gudin, cuyo valor reglado no gustaba exponerse sino á los daños útiles, y que ademas tenia poca confianza en su caballo, se habia apeado para pasar el riachuelo, y en el mismo momento una bala de cañon rasó á la tierra, le habia roto las dos piernas. Cuando llegó al emperador la noticia de esta desgracia, suspendió todo, discursos y acciones. Cada cual se quedó consternado, y ya no pareció un feliz suceso la batalla de Valoutina.

Trasportado Gudin á Smolensko, el emperador mandó cuidarle con el mayor esmero, pero todo fué inutil; pereció. Sus tristes restos se enterraron en la ciudadela, en donde existen ; digna sepul-

tura de aquel guerrero, buen ciudadano, buen esposo, buen padre, general intrépido, justo y afable, y al mismo tiempo próbido y habil, reunion rara en un siglo en que frecuentemente los hombres honrados tienen poco talento y los hábiles son depravados!

Quiso la casualidad que se le diese un digno sucesor; Gerard, el general de brigada mas antiguo de la division, tomó el mando de ella, y el enemigo que ni siquiera se apercibió de nuestra pérdida, nada ganó con el golpe terrible que nos acababa de dar.

Atónitos los Rusos de verse atacados solamente por el frente, creyeron que todas las combinaciones militares de Murat se reducian á seguir su calzada; por ello le llamaron por mote *el general de los caminos reales*, juzgándolo así despues del acontecimiento que mas veces engaña que no ilustra.

En efecto, mientras que Ney atacaba, Murat descubria sus flancos con la caba-

llería sin poderla hacer obrar; los montes á izquierda y los pantanos á derecha, detenian sus movimientos, pero peleando de frente ambos, esperaban el efecto de una marcha de flanco de los Werfalianos que mandaba Junot.

Desde el Stubná, el camino real se ladeaba á izquierda, para evitar los cenagales que formaban los diversos rios que desaguan al Dnieper, buscando las alturas y alejándose del cauce de este rio para acercarse luego de él en terreno mas ventajoso. Se habia notado que un camino de atajo mas arriesgado y mas corto, como sucede comunmente, pasa directamente por en medio de aquellas ondonadas cenagosas entre el Dnieper y el camino real, juntándose nuevamente con este detras del cerro de Valoutina.

Este camino de atajo tomó Junot, despues de haber pasado el rio en Prudiszy, el cual le condujo en breve detras de la izquierda de los Rusos sobre el flanco de las columnas que retrocedian para socorrer

su retaguardia; de suerte que bastaba atacar para decidir la victoria. Los que resistian al mariscal Ney de frente, atónitos de oír pelear detras de sí, se hubieran amedrantado, y el desorden que se hubiera introducido en medio del combate entre aquella multitud de hombres, caballos y carruages, encallados en un solo camino, hubiera sido irreparable, pero Junot, valiente como individuo, titubeaba como gefe: su responsabilidad le perturbó.

Sin embargo, Murat juzgándole en presencia del enemigo; se admiraba de no oír su ataque. La valentía de los Rusos delante de Ney, le hizo sospechar la verdad. Dejó su caballería y atravesando casi solo los bosques y los pantanos, corrió á Junot y le reprochó su inaccion: este se excusa diciendo que no tiene orden de atacar; que su caballería es debil, los esfuerzos simulados, y no se decidirá á morder en los batallones enemigos.

Murat, respondió con hechos á estas

palabras. Pónese á la cabeza de esta caballería y con otro general se hacen dos soldados; los lleva y los precipita sobre los Rusos, rechaza sus guerrillas, y volviendo á Junot, le dice: « Concluye ahora; ahí está tu gloria y tu baston de mariscal. » Mas entonces lo dejó para incorporarse con los suyos, y Junot se mantuvo inmovil y turbado. Este general habia estado demasiado tiempo al lado de Napoleon, cuyo genio activo mandaba todo en total y en pormenor, y no habia aprendido mas que á obedecer; le faltaba la experiencia del mando, y en fin las fatigas y las heridas le habian envejecido antes de tiempo.

A nadie admiró la eleccion de este general para el mando de este cuerpo; se sabia que el emperador le estimaba por habitud, porque era su edecan mas antiguo, y por una debilidad secreta que le repugnaba á separarse de él, pues la presencia de este oficial, se encontraba en todos los recuerdos de su fortuna y

de sus victorias. Todavía puede creerse que su amor propio gustaba de ver hombres, discípulos suyos mandar sus egércitos, y ademas era mas natural que contase sobre la adhesion de estos, que sobre la de los demas.

No obstante todo esto, cuando al dia siguiente el mismo sitio le habló, y que á vista del puente, sobre el cual habia sido batido Gudin; observó que no era allí donde se debia haber desembocado, y cuando fijó despues la vista en la posicion que Junot ocupaba, exclamó: « ¡Aquí era, sin duda, donde debian atacar los Wesfalianos! ; toda la batalla estaba aquí; que hacia Junot? » Entonces se irritó tan violentamente, que ninguna excusa pudo aplacarle por lo pronto, y llamando á Rapp, le dijo, « que separaba del mando al duque de Abrantes; que lo echaba del egército y que perdia para siempre el baston de mariscal; que esta falta va tal vez á cerrarle el camino de Moscou; que le daba á él, Rapp, el mando de los

Westalianos, que les hablará su lengua y sabrá hacerles combatir.» Pero Rapp, reusó el empleo de su antiguo compañero de armas, apaciguó al emperador, cuya cólera se apaciguaba facilmente luego que la deshogaba con palabras.

No fué solamente por la izquierda que el enemigo habia estado expuesto á ser batido, á su derecha habia corrido mayor riesgo. Morand, uno de los generales de Davoust, habia sido enviado de este lado por medio de las selvas, marchaba sobre alturas cubiertas de bosques, y se hallaba desde el principio del combate sobre el flanco de los Rusos; con solo unos pasos mas, hubiese aparecido detras de su derecha. Su aparicion repentina hubiera decidido infaliblemente la victoria y la hubiera hecho completa; pero Napoleon no conociendo el terreno, lo habia hecho llamar al punto donde Davoust y él se habian detenido.

El ejército se preguntaba, ¿por qué el emperador haciendo concurrir para un

mismo objeto tres gefes independientes uno de otro, no se habia encontrado allí para dar un centro indispensable, y sin él imposible? » Mas habiase entrado en Smolensko, fuese fatigado, fuese porque no se habia esperado á un combate tan sério, fuese en fin, que por la necesidad de ocuparse de todo á la vez, no pudo estar á tiempo en ninguna parte.

En efecto, el trabajo de su imperio y de la Europa, suspendido por los dias de accion que habia precedido, se amontonaba. Ya era preciso dar curso á los negocios políticos y civiles que comenzaban á acumularse, y ademas estaba impaciente y glorioso por poner sus fechas de Smolensko.

Así es que cuando Borelli, sub-gefe de estado mayor, vino á traerle la noticia del choque de Valoutina, dudó si lo recibiria, y era tal su preocupacion, que fué menester que un ministro insistiese para que este oficial fuese admitido inmediatamente. ¡La relacion de Borelli le sorprendió.

«¿Qué decis? ¿no sois bastantes? ¡El enemigo presenta sesenta mil hombres! ¿Luego esto es una batalla?» Y se incomodó altamente con la inobediencia é inacción de Junot, cuando Borelli le dió parte de la herida mortal de Gudin. Vivísimo fué el dolor de Napoleon; desahogólo en preguntas multiplicadas y exclamaciones de sentimiento; luego con aquella presencia de espíritu que le era propia, dominó su inquietud, apaciguó su cólera, suspendió el sentimiento, y dedicándose enteramente al trabajo, dejó para el día siguiente el cuidado de la guerra, pues ya era de noche, pero luego despues le agitó la esperanza de una batalla, y por la mañana siguiente al amanecer, se presentó en los campos de Valoutina.

 CAPITULO VIII.

Los soldados de Ney y los de la division Gudin, viuda de su general, estaban formados encima los cadáveres de sus compañeros y de los Rusos, en medio de los árboles medio quebrantados, sobre un terreno removido por los pies de los guerreros, surcado por las balas, y sembrado de armas destrozadas, vestidos, utensilios militares, carros volcados y miembros esparcidos. ¡Estos son los trofeos de la guerra! ¡Hé aquí la belleza de un campo de victoria.

Los batallones de Gudin no parecian mas que pelotones, y se mostraban tanto mas orgullosos cuanto mas reducidos estaban; á su lado se respiraba todavía el olor de los cartuchos quemados y